



EL REGALO DEL DIOS-LUNA

Jesús Jiménez Sánchez

© Jesús Jiménez Sánchez
Marzo de 2001

© de la presente edición electrónica:



VNU Business Publications España, S.A.
San Sotero, 8. 4ª planta
28037 Madrid

El regalo del Dios-Luna

Durante el vuelo, el padre Ángel, sacerdote franciscano y eminente científico, contemplaba hechizado el esplendor y la hermosura de la extensa sabana africana. Le sobrecogía la poderosa sabiduría que la madre Naturaleza había demostrado creando aquellos áridos parajes. A través de la minúscula ventanilla, el paisaje parecía encerrado en una transparente y pequeñísima jaula de cristal, donde todo quedaba convertido en una ínfima parte cautiva de la realidad.

Los ocres y pardos se fundían paulatinamente con los colores cálidos del atardecer cuando la avioneta inició el descenso a la improvisada pista de aterrizaje.

El sacerdote se abrochó el cinturón de seguridad alrededor de su prominente e hinchada barriga, más por la edad que por los excesos gastronómicos, e intentó relajarse. A pesar de sus numerosos viajes alrededor del mundo, le incomodaba aquel amasijo de hierros y estructuras metálicas. Los escalofríos le recorrían la espalda, angustiándole profundamente y el incesante zumbido de los motores atacaba con tal fuerza sus viejos y castigados oídos que parecía como si le fuesen a estallar de un momento a otro.

Cuando la Santa Confederación Católica le ofreció viajar al Zaire para estudiar los extraños acontecimientos que habían ocurrido en una recóndita aldea del país, lo que peor le supo era tener que volar. Lo odiaba, pero era la única forma posible de llegar hasta allí, así que no tenía en esta ocasión ninguna otra alternativa. Cerró los ojos y rezó para que la avioneta aterrizara lo antes posible. Notó como la fuerza centrífuga le empujaba hacia delante cuando los neumáticos tocaron tierra firme. Unos segundos después su cuerpo retrocedía bruscamente y se detuvo en seco.

Respiró aliviado. Sacó de uno de los bolsillos un pañuelo de tela y se secó la frente. Después colocó sobre sus piernas un maletín de cuero marrón que durante todo el viaje estuvo bajo su asiento y lo abrió, levantando los cierres dorados de ambos lados. Extrajo unos lentes de vista cansada y se los puso. Los usaba desde hacía ya algunos años, dándole un aspecto de anciano bonachón y simpático, como los que tantas veces veía pasear cuando era niño por el hermoso parque de sauces y robles milenarios de su ciudad natal. Aún le sudaban las manos. Sus arrugados dedos cogieron un pequeño cuaderno que reposaba en el fondo y, casi sin querer, lo sostuvo durante unos segundos frente a sus ojos, mirando detenidamente el rótulo impreso en él.

La voz de una azafata le sobresaltó, aunque no hizo que lo soltara.

—Padre— dijo la chica con dulzura —cuando guste puede recoger sus cosas y dirigirse hacia la escalerilla de salida.

La miró un instante y asintió con la cabeza. Volvió a dejar el cuaderno en el maletín y lo cerró, asegurándose de que cada uno de los cierres encajara perfectamente.

Al asomarse a la pequeña portezuela, lo primero que sintió fue una brusca bocanada de aire caliente que azotó su cara. Empezaba a anochecer pero, aún así, notó el exagerado calor de aquellas tierras.

Cuando descendía por las empinadas escalerillas, miró al cielo, donde la luna parecía brillar de forma especial, como si le diera la bienvenida. En ese instante, recordó el enigmático título que acababa de leer. Escrito en el idioma de los nativos zaireños aparecía una palabra, «Knnundi N'ga», que traducido a nuestro idioma significa... El regalo del Dios-Luna.

• • • • •

—¿Es usted el padre Ángel?—. El muchacho de color se acercó a él, y su voz, algo atiplada y con marcado acento africano, sonó como el tañido de una gigantesca campana de bronce.

—En efecto, joven— dijo girándose hacia él. El chico le observó detenidamente durante unos breves instantes.

—Le hubiera reconocido entre un millón. La descripción que me dieron ha sido muy acertada. Perdona, no me he presentado. Mi nombre es Bousari y voy a ser su guía durante el trayecto hasta el poblado de los Kinji, en la costa oeste del país. ¿Me permite su equipaje?

La extrema corrección del muchacho le sorprendió, pues estaba acostumbrado a trabajar con personas de escaso nivel cultural. En anteriores viajes, tuvo la oportunidad de tratar con jóvenes como el que acababa de conocer. Bousari podía ser perfectamente uno de ellos. Delgado, con una piel exageradamente oscura y vestido con pantalones militares y botas de cuero negro baratas, aunque podían distinguirse en su comportamiento los aspectos propios de una educación típicamente occidental. No tendría menos de veinticinco años pero su cara redonda y bien formada le hacía parecer mucho más joven.

—Por aquí, por favor— le indicó mientras cargaba con su maletín. Cruzaron la ardiente pista de asfalto hasta llegar a un destartado y sucio todo terreno que les esperaba. Bousari colocó el maletín en la parte trasera y ocupó el lugar del conductor mientras el padre Ángel hacía auténticos malabarismos para subir. Cuando al fin lo consiguió, el guía puso en marcha el motor, que estalló en un fuerte estrépito e hizo que el sacerdote pensara que tal vez no llegarían muy lejos con semejante trasto. Las palabras de Bousari le tranquilizaron, por lo menos durante un rato.

—Este cacharro...— dijo como si hubiera leído el pensamiento del sacerdote mientras levantaba un poco el tono de voz para ser escuchado a través del ensordecedor rugido del motor —...ha recorrido más de veinte mil kilómetros de piedras y terrenos arenosos y jamás me ha dejado en la estacada. Es un buen amigo—. Y mientras hablaba, el padre Ángel comprobó que realmente era así. Cogía el volante firmemente pero a la vez con suavidad, como el que cabalga sobre el lomo de un pura sangre, demostrando como ha de hacerse, con humildad, sin creerse más poderoso, pero con la suficiente fuerza como para no ser derribado.

La noche caía ya sobre las tierras africanas cuando comenzaron su viaje. Las luces del todo terreno iluminaban una larga y estrecha franja del camino mientras el resto permanecía en la más absoluta oscuridad, pero esto no parecía importar a Bousari que conducía como si fuesen las doce del mediodía y a una velocidad que al Padre Ángel le pareció poco menos que diabólica. En alguna ocasión tuvo que aferrarse con fuerza al asiento para no salir despedido. De cuando en cuando el joven contemplaba divertido al sacerdote mientras este se esforzaba por mantener la verticalidad lo mejor que podía.

—Esta parte de la carretera es la mejor. La llaman la autopista del Zaire— dijo Bousari sonriendo. El padre le miró sin decir nada aunque pronto comprobó que bromeaba.

—Vamos, Padre, relájese e intente dormir un poco. Aún tardaremos cinco horas en llegar al poblado—. Y el sacerdote pensó como diablos dormiría en aquel trasto que no paraba de moverse de un lado para otro. Pero lo cierto es que al cabo de pocos minutos estaba tan dormido que ni siquiera un cañonazo le hubiera despertado.

• • • • •

Al despertar, lo primero que vio fue una densa neblina que apenas dejaba ver la carretera. Ya no estaba tan oscuro como cuando el cansancio se había apoderado de él, pero todavía no era de día, aunque sobre el difuminado horizonte empezaban a verse ya unas hermosas formas rojizas y anaranjadas, señal de que pronto amanecería sobre la sabana. Bousari seguía allí, pendiente del camino, sin dar muestras de cansancio. Parecía que solo llevara al volante quince minutos. Según su reloj habían pasado algo más de cinco horas.

—Espero no haberle despertado— dijo al darse cuenta de que el padre abría los ojos. —He conducido lo más despacio que he podido—. Por algún extraño motivo no le creyó en absoluto, pero no dijo nada. Se limitó a arquear sus arrugados labios, intentando esbozar una débil sonrisa, pero no pudo conseguirlo. El agotamiento y el ajetreado viaje le estaban matando, a pesar de haber sido capaz de dormir en aquellas circunstancias. Su dolorido cuerpo le castigaba con cada bache, con cada brusca maniobra y se preguntó si no era ya hora de dejar paso a las nuevas generaciones de jóvenes sacerdotes, dispuestos a eso y a mucho más, como hace años él también lo había estado.

Pero sus pensamientos se disiparon cuando, a través de los limpios y transparentes cristales de sus lentes, observó la maravilla del amanecer africano, con todo su esplendor y belleza. Pensó que el ciclo de la vida estaba comenzando en aquel mismo instante, justo cuando él lo contemplaba. El árido aspecto de la sabana, con su vegetación achaparrada y sus característicos árboles de copa plana, fundían sus siluetas con los cálidos e intensos colores del horizonte, como si estuvieran colocados en un hermoso cuadro, no por casualidad, sino siguiendo una determinadas pautas de armonía y deliciosa composición pictórica. Algo ideado por una inteligencia experta y genial. Dio gracias al Todopoderoso por, a pesar de todo, permitirle disfrutar de aquella obra.

En ese momento Bousari levantó uno de sus negros y delgados brazos y señaló un lugar delante de ellos. El Padre Ángel miró en la dirección que le señalaba, cuando el Land Rover llegaba a la cres-

ta de la colina. El joven detuvo el vehículo allí mismo y paró el motor, como si quisiera que el Padre admirara en su plenitud toda la belleza que se mostraba ante ellos sin que nada pudiera molestarle. Y desde luego el efecto que consiguió fue casi instantáneo. El demoledor y terrible ruido que durante tantas horas había machacado sus oídos dejó paso al sonido claro y contundente de la naturaleza viva en todo su esplendor. Un hermoso e impresionante valle se extendía lleno de verdor y frescura ante sus ojos. Al Padre Ángel le pareció milagroso, pues todo lo que hasta aquel momento había visto no era más que un árido y estéril desierto. No acertaba a comprender como florecía todo aquel bellissimo vergel en medio de la desolación. Era un oasis de cuento de hadas en un lugar donde era imposible que lo hubiera. Incluso el frescor de la densa vegetación y el delicado aroma de las flores silvestres llegó a inundar con tal fuerza sus pulmones que creyó estar respirando el mismísimo Espíritu Santo.

—Padre...— dijo Bousari susurrando —hemos llegado a la tierra de los Kinji, el pueblo más pobre de todo el Zaire. Por lo menos hasta hace solo unos meses—. Las palabras del joven brotaron sin querer, empujadas por la emoción que sentía al ver aquel extraordinario espectáculo.

El Padre Ángel, sacerdote franciscano y eminente teólogo, estudioso de todo lo antinatural, ya fuera divino o infernal, terrestre o extraterrestre, dejó escapar un sordo suspiro mientras, lentamente, como si el tiempo se ralentizara dramáticamente, dibujaba con la mano derecha sobre su pecho, el antiguo y misericordioso signo de la Santa Cruz.

• • • • •

Al verles bajar por la falda de la colina, una multitud de niños comenzó a gritar y a correr hacia ellos, como llevados por una loca e histérica alegría. El Padre Ángel seguía desconcertado y terriblemente asombrado por lo que veía, así que apenas se dio cuenta de la algarabía que su presencia y la de su joven compañero habían provocado. Cuando lo hizo, un enjambre de pequeños reía y saltaba a su alrededor, hablando todos a la vez, en medio de un tumulto embriagador. Bousari se esforzaba por no caer al suelo arrollado, mientras el Padre intentaba calmarles con una sonrisa entre nerviosa y excitada.

La mayoría de pequeños no tendría más de seis años y vestían con una escasa prenda que ocultaba sus genitales y poco más. Todos llevaban algún adorno, como collares de flores, brazaletes tribales realizados con enormes hojas verdes y diademas recubiertas de raras formas vegetales. Algunos portaban en sus manecillas unos jugosos frutos desconocidos para él.

Algo de ellos le sorprendió. Ninguno estiraba de su sotana pidiéndole alimento o alguna golosina o algo que pudiera darles, como era lo habitual por aquellas tierras. Ni tampoco daban muestras de enfermedad ni malnutrición, cosa que era, por desgracia, tan común. Ninguno, como digo, padecía raquitismo ni tampoco vio niños deformes o con el estómago hinchado por el hambre. Más bien todo lo contrario. Tenían un aspecto sano y en lugar de pedir, ofrecían lo que llevaban en sus manos.

—Esto es un auténtico milagro...— balbuceó Bousari mientras acariciaba los cabellos de alguno de los niños que se le acercaban sonrientes. Pronto vieron algunos adultos que lentamente salían de sus humildes chozas, alertados de su presencia por el intenso griterío. Y el Padre Ángel tampoco atisbó en ellos ningún indicio de precariedad o de malas condiciones de vida. Poco a poco todo el pequeño pobla-

do fue acercándose hasta llegar a ellos. Los más ancianos eran los que más reían y hablaban, después de los niños que habían acudido a recibirles, claro. Parecían enormemente felices, con aquellas profundas arrugas deformándoles los rostros, curtidas por el intenso sol africano y sus bocas, casi huérfanas de cualquier pieza dental. Pero todos, tanto unos como otros, parecían tener la insostenible necesidad de acercarse y tocar con sus propias manos a los recién llegados.

De pronto, una voz grave y cargada de autoridad se alzó por encima del alboroto. La gente se apartó para dejar pasar a un hombre blanco, alto, de unos treinta y tantos y de complexión fuerte. Se hizo camino entre el gentío hasta llegar a la altura del Padre Ángel e intentó ensayar una sonrisa que resultó ser más una mueca que otra cosa.

—No esperaba que enviasen a un cura—, fue lo primero que dijo.

—Siento decepcionarle, señor. Soy el Padre Ángel.

—Perdone, no quise molestarle. Es solo que...

—No se preocupe, joven— interrumpió. —A mi edad hay pocas cosas que me molesten, se lo aseguro.

—Soy el doctor Ross, Alexander Ross—, dijo tendiendo su mano. El sacerdote le correspondió con el mismo gesto.

—¿Es usted quien atiende a esta gente?— preguntó.

—Bueno, verá. Pertenezco a la organización Médicos sin Fronteras. Llevo cerca de año y medio trabajando en este lugar. Sí, soy su médico si es lo quiere saber.

—Le felicito, doctor, veo que ha hecho un buen trabajo.

—No tengo nada que ver con esto, se lo aseguro.

—No entiendo. ¿Que es lo que quiere decir?

—Creo que será mejor que venga a mi tienda. Allí podrá cambiarse de ropa y ponerse cómodo. Más tarde tendremos oportunidad de charlar. Por aquí, por favor—. Con un gesto de su mano, el doctor indicó al Padre el camino a su tienda y este accedió, no sin antes cruzar una mirada recelosa con su joven acompañante.

• • • • •

Después de cambiarse y con el sol en lo más alto, el Padre Ángel no pudo resistir la tentación de echarse sobre la cama que el doctor Ross le había preparado. Todavía no había descansado como es debido, después de tantas horas de viaje, así que se estiró sobre el lecho, desplegó la tela anti-insectos y cerró los ojos. Pero pronto se dio cuenta de que a aquella hora el calor era tan intenso y el bochorno tan asfixiante que, a pesar del inmenso ventilador que colgaba del techo, no sería capaz de conciliar el sueño aunque quisiera. Además, el ambiente estaba cargado de un intenso y penetrante olor a medicina, que le recordaba el de un hospital público. Y, claro, al fin y al cabo eso es lo que era, un hospital. Así que pensó que lo mejor sería levantarse y esperar a que llegara la noche.

A todo esto, no dejaba de darle vueltas a lo que había visto. Nunca sospechó que, en medio de un impresionante desierto de arena y polvo, iba a encontrar un paraíso terrenal. Parecía fuera de toda

lógica, pero era real. Allí estaba. De eso no había ninguna duda. Pero ¿cómo? ¿Qué extraña y caprichosa fuerza de la Naturaleza habría creado aquella maravilla en aquel lugar? No lo podía entender. Por eso esperaba con ansiedad que el doctor Ross le diera la clave de lo que allí ocurría. De todas formas, con su ayuda o sin ella, debía descubrirla. Le enviaron para eso precisamente, para averiguar qué demonios estaba pasando. Ese era su trabajo.

Buscó su maletín, que lucía una densa capa de polvo, y lo abrió. Extrajo sus lentes y se las colocó. Después echó a un lado el expediente que durante todo el viaje había estado dentro y accionó un pequeño dispositivo. Sonó un débil clic y una solapa se desprendió limpiamente. Al abrirla apareció una pequeña batería y unos delgados cables junto con un ratón, que rápidamente y con habilidad conectó en el lugar adecuado. Del fondo desplegó un teclado y del contra fondo surgió una pantalla de cristal líquido de última generación que no tardó en emitir una tenue luz azulada. A pesar de su edad, parecía poseer una extraña habilidad para manipular los diversos componentes electrónicos que traía consigo. Con total precisión desplegó sobre una pequeña mesa de madera, un auténtico arsenal informático. Cuando lo tuvo todo perfectamente instalado introdujo en un lector de CD-Rom un pequeño disco y lo ejecutó directamente desde el portátil. En pocos segundos apareció un mensaje en la pantalla. Mirando por encima de los lentes pulsó con el puntero el botón de confirmación del mensaje y esperó. El potente disco duro comenzó a trabajar a una velocidad de vértigo, mientras la luz del lector parpadeaba a igual velocidad. Oyó un sonido sordo en uno de los mini-altavoces incorporados, indicando que estaba llegando la señal de audio. En la pantalla se leía en letras grandes y brillantes un título: «Knnundi N'ga» y más abajo, en letras más pequeñas, su traducción, «El regalo del Dios-Luna», junto con una serie de botones que le permitirían navegar por toda la información del disco de una forma totalmente interactiva. Pulsó en el botón Sinopsis y se echó hacia atrás en la silla.

—Knnundi N'ga— comentó una voz a través de los altavoces. —Voz indígena dada por los nativos que identifica el suceso ocurrido la noche del veintidós de abril del año 2003 a las 4:30 a.m. según datos recogidos por el Centro de Estudios Astrofísicos de Sudáfrica y por el Instituto Meteorológico de Zambia, corroborados y debidamente contrastados con informaciones recibidas por satélites espía de la Agencia Espacial Europea.

En la pantalla se sucedían fotografías aéreas y mapas cartográficos de la zona, mientras la voz continuaba la explicación. —Según todos los indicios un objeto volante no identificado descendió hasta muy pocos metros de la superficie y se mantuvo estacionario por espacio de veinte minutos, transcurridos los cuales se elevó y desapareció a toda velocidad del lugar, sin que los radares ni los sistemas de detección pudieran registrar ningún otro dato sobre el objeto y dejando en la zona una señal que hasta hoy no se ha podido determinar, perfectamente visible para los sistemas de vigilancia aérea durante unos tres minutos, transcurridos los cuales desapareció de todas las pantallas sin dejar rastro alguno—. El Padre observó con detenimiento los mapas y fotografías. —Es como si se lo hubiera tragado la mismísima tierra.

• • • • •

Cuando el doctor Ross atravesó el umbral de la puerta de la tienda hospital, lo primero que observó sorprendido fue el material disperso por toda la estancia.

—Veo que ya ha tomado posesión de mi humilde tienda.

—Espero que no le moleste este pequeño acto de invasión— dijo el sacerdote con una sonrisa.

—En absoluto, Padre. Considérese como en su propia casa y si necesita algo, no dude en hacérmelo saber.

—Es muy amable, doctor, y más teniendo en cuenta que solo soy un viejo cura— dijo irónicamente.

—Debe disculpar mi torpeza de esta mañana. Como ya le dije no quise ofenderle, solo que esperaba que enviasen a otra persona.

—¿Un militar, tal vez?— preguntó. —Verá, lo que en este poblado ha ocurrido en los últimos meses no es un asunto de fé ni de moral religiosa. Personalmente creo que es un asunto de seguridad nacional y yo diría...— dijo el doctor mientras se acercaba un poco más al rostro de su interlocutor — yo diría que es un grave asunto de seguridad mundial.

—Perdone, pero no sé a que se está usted refiriendo.

—Bueno, no sé, yo...

El Padre observó como el doctor empezaba a sudar.

—Mire, es algo que parece que nadie de este pueblo quiere comprender. Para ellos ha sido Knnundi N'ga, solo eso, un regalo de su Dios-Luna. Ya no pasan hambre. La tierra se ha vuelto fértil de la noche a la mañana. Los desiertos han dejado paso a una floreciente naturaleza. Las cosechas se han disparado e incluso han aparecido formas vegetales que yo nunca había visto antes por aquí, y sinceramente, sin ser ningún experto en botánica, creo que no existen en ningún otro lugar del mundo.

—¿Cree que lo que está pasando es, de alguna forma, antinatural?

El doctor Ross comenzó a mostrarse incómodo y algo nervioso. Sus manos parecían no querer estarse quietas, se movían de un lado a otro sin saber muy bien hacia donde debían dirigirse. Sus dedos buscaron en todos y cada uno de los bolsillos de sus pantalones insistentemente hasta que por fin sacaron con torpeza unas hojas arrugadas. Estaban dobladas por la mitad de una forma irregular. En uno de sus lados aparecían unos inconfundibles agujeros rasgados, señal de que habían pertenecido a un archivo o dossier del cual habían sido arrancados violentamente. Desplegó los papeles delante de su rostro mientras giraba la cabeza por encima de su propio hombro. Con el rabillo del ojo comprobó si alguien más estaba presente.

—Hace poco menos de un año, en este poblado existían cerca de ciento cincuenta personas con algún tipo de enfermedad infecciosa provocada por la falta de higiene. Se contabilizaron ochenta casos de paludismo, veinticinco pequeños brotes de sarampión y sesenta y seis de viruela. Todo el poblado padecía algún tipo de raquitismo—. Mientras leía, el Padre Ángel revisaba atentamente los datos que le mostraba, ajustando de vez en cuando sus lentes con el dedo índice.

—Nacieron cincuenta y seis niños, todos ellos con problemas de malnutrición, de los cuales murieron a las pocas horas trece. En ese mismo periodo fallecieron sesenta y ocho personas adultas. Seis murieron por muerte natural, veinticinco fueron víctimas de complicaciones provocadas por alguna enfermedad mal curada y el resto lo fueron por enfermedades en proceso. Además...

—Basta, doctor— interrumpió el Padre. —Me produce dolor de cabeza.

—Esto prueba lo que le digo— dijo sacudiendo los papeles delante de él. —De todas formas usted ha podido comprobarlo por sí mismo. ¿Ha visto niños hambrientos, o personas raquítics y mal nutridas, o, sin ir más lejos, ha visto enfermos en este mismo hospital?

—No estoy dudando de su palabra, doctor. No tiene por que alterarse—. explicó el Padre sosegadamente.

—¡Maldita sea! ¡Esto estaba plagado de enfermos por todas partes! ¿No se da cuenta?—. El cura asintió con la cabeza.

—¿Tiene alguna idea de lo que está pasando?— preguntó al doctor.

—Usted es el experto, ¿no? Para eso está aquí. Para averiguar qué coño está ocurriendo. Yo sólo soy un médico. Pero escúcheme, Padre. Algo está cambiando. También el aire es diferente. No sé qué es pero no me gusta. Incluso la tierra parece ser distinta. Ahora es más, no sé, más viva, más fuerte, más poderosa. Y luego están las plantas. Toda esa vegetación que le aseguro que no estaba aquí hace tres meses, ganando terreno, palmo a palmo, día a día. Esas extrañas plantas...

La noche cayó sobre el poblado de los Kinji aunque el Padre Ángel no tenía ninguna intención de irse a la cama. El calor seguía siendo insoportable, así que decidió salir de la tienda, para caminar entre las chozas del poblado y pensar. Pensar en todo lo que había visto, en todo lo que había oído, en el doctor Ross y en la conversación que mantuvieron horas antes, y en lo extrañas que le parecieron sus palabras. «Es un problema de seguridad mundial», dijo. Pero no lo entendía. ¿Qué habría querido decir? Hasta ahora lo único que sabía es que la gente de aquel poblado, perdido en lo más profundo del desierto, había sido testigo de un hecho espectacular, a juzgar por los informes. ¿Un encuentro en la tercera fase con una nave extraterrestre? Bien podía tratarse de ello. Pero no tenía pruebas. Además, estaba la milagrosa curación de todos los enfermos del hospital. Eso sí que era realmente sorprendente. Puede que hubiese alguna conexión entre este hecho y el avistamiento. Sin duda así era. La evidencia estaba allí mismo, delante de él. La enfermedad había sido erradicada de aquel paraje. Eso era incuestionable. Entonces ¿Por qué estaba tan preocupado el doctor? ¿Sabría algo más que no quiso desvelarle? ¿Qué ocultaba tras sus misteriosas palabras? Decididamente llegó a la conclusión de que algo no encajaba en todo aquel asunto.

Siguió paseando entre las sombras, sumido en sus pensamientos, haciendo que las pocas piezas que poseía del rompecabezas se agitaran de un lado para el otro, esperando a que, tal vez, alguna de ellas cayera espontáneamente en el lugar correcto amoldándose perfectamente a otra, de forma que pudiera acabar completando el puzzle con éxito. De vez en cuando alzaba la vista hacia el estrellado cielo, como esperando tener la suerte de ver con sus propios ojos lo que, presumiblemente, la gente del poblado kinji tuvo la fortuna de contemplar una noche. El esplendor del todopoderoso Dios-Luna.

Ensimismado en sus pensamientos, caminó sin darse cuenta hasta la tienda hospital donde se alojaba. Al llegar al umbral de la puerta, recordó las palabras del doctor Ross, claramente, como si una voz interior se las reprodujera de forma íntegra, tal y como él las pronunció. «...Incluso la tierra parece ser distinta. y luego están las plantas. Esas extrañas plantas...». Su mirada se desvió lentamente hacia la densa vegetación que rodeaba el poblado. «...Esas extrañas plantas...». La noche ocultaba con sus sombras el follaje, pero a pesar de la negrura, podía distinguir las enormes siluetas de los matorrales más cercanos y como estos se contorneaban acariciados por una delicada brisa que en ningún momento había notado. Parecía como si toda la flora estuviera danzando al compás de una melodiosa canción. Mientras miraba hacia la espesura, el Padre Ángel no vio como poco a poco, muy lentamente, una densa maraña de ramas repletas de hojas verdes se iba acercando hasta él, desdibujada entre las sombras de la noche. Cuando quiso darse cuenta, los retorcidos tallos leñosos ya se habían enroscado alrededor de sus piernas, como una temible y amenazadora serpiente pitón arrastrándole con violencia hacia la densa y oscura vegetación.

• • • • •

Día: 25/09/03 Hora: 15:20

De: Alexander Ross

Para: Cualquier navegante.

Texto:

Hace tres semanas de la desaparición del Padre Ángel y nada sabemos de su paradero. Personalmente no tengo ninguna esperanza de volver a verlo, por lo menos tal y como lo conocí. Ninguno a vuelto a ser visto, así que no hay ninguna razón para pensar que él pueda correr mejor suerte.

Ahora me siento culpable de no haberle contado toda la verdad, quizás hubiera sido más precavido o sencillamente, se hubiera marchado, lejos de este horror. Pero, no sé, tal vez pensé que podría ayudarnos. Tampoco supuse que iba a ser tan rápido, que le atraparían la primera noche. ¡Dios, tuve que haberle advertido del peligro! Pero, ¿me hubiera creído si le hubiese contado la verdad? ¿Me hubiese creído si le hubiese contado que esas misteriosas plantas no son de este mundo, que tienen vida propia y que crecen a una velocidad vertiginosa? ¿Me habría escuchado, tal vez? ¡Maldita sea! ¿Cómo iba a saberlo, cómo.. ?

Fin del mensaje

• • • • •

Día: 28/09/03 Hora: 16:32

De: Alexander Ross

Para: Cualquier navegante.

Texto:

La gente del poblado está asustada. Apenas pueden salir de sus casas a no ser que lo hagan provistos de un gran machete para abrirse camino a través de la inmensa vegetación que rápidamente se adueña de todo. El valle entero está cubierto de una espesa capa verde de flores, plantas, arbustos y pequeños matorrales, así como enormes árboles que parecen más impresionantes cada día que pasa. No hay ninguna escapatoria posible. Todas las salidas están bloqueadas y no hay forma humana de abandonar la zona. Tuvimos que haberlo hecho antes, mucho antes, pero nadie estaba dispuesto a abandonar sus hogares y mucho menos después de que su Dios-Luna les hiciese aquel maravilloso regalo.

Muchos se han refugiado en el hospital pero ya no hay sitio para nadie más. Otros han intentado huir a través de la vegetación, en busca de alguna posibilidad de escapar. He intentado disuadirles, pero sin éxito. No han querido escucharme.

El equipo del Padre Ángel me es de gran utilidad. Gracias a él ya mis escasos conocimientos de ingeniería informática he podido tener acceso, vía satélite, a esta red de información. Solo dispongo de treinta minutos diarios de conexión, justo cuando el satélite de comunicaciones pasa por encima de nuestras cabezas. De todas formas, cada vez hay más interferencias y cada día que pasa me siento más incomunicado. No sé si estos mensajes llegarán a alguien o serán solo como cartas dentro de una botella de cristal que se tira al océano con la esperanza de que alguien las recoja. En cualquier caso, soy consciente de que el tiempo no corre a nuestro favor y que ya nadie en el mundo puede hacer algo por ayudarnos. Sobre todo ahora que han empezado a formarse en mi piel esas pequeñas y oscuras manchas verdosas.

Fin del mensaje

• • • • •

Día: 15/10/03 Hora: 20:03

De: Alexander Ross

Para: Cualquier navegante.

Texto:

Los desvanecimientos son cada vez más frecuentes aunque han desaparecido los mareos. No sé cuánto tiempo transcurre entre uno y otro. Hace días que no oigo los gritos y lamentos de la gente que se refugió en el hospital, por lo que deduzco que si están ahí ya no serán como los conocí. Mi temperatura corporal ha descendido a cotas imposibles de soportar para un ser humano aunque a veces dudo de seguir siéndolo. Las manchas verdes han acabado por cubrir toda mi piel y mis extremidades inferiores se han endurecido de tal forma que a duras penas las puedo mover. Mi cuerpo está totalmente rígido y dentro de poco quedaré inmovilizado. Las manos no me responden y son los dedos lo único que puedo mover con cierta soltura. Noto como me voy transformando, lentamente, sin prisas, sin dolor. Incluso he dejado de sentir los latidos de mi propio corazón. Estoy seguro que por mis venas corre ahora un torrente de la misma savia que recorre los tallos y hojas de cualquier planta. Y no siento nada. El pánico de unas semanas atrás ha dejado paso a una apacible y mansa quietud. Formo parte de algo que nunca antes había llegado a comprender. Ahora siento lo maravilloso que es ser una pequeña porción de la Naturaleza. Jamás pensé que pudiera ser así. Creo que hasta puedo comunicarme con el resto de las plantas que me rodean, que hasta me hablan y yo las oigo. Es como si siempre hubieran estado llamándome, intentando decirme algo. Las comprendo y las amo. Son como yo y yo soy como ellas. Es maravilloso.

Afuera casi no se puede distinguir la luz del sol y ya no sé si es de día o de noche pues todo lo que veo a través de la ventana son grandes enredaderas y plantas que la ocultan en su totalidad. Pero no me importa. Estoy donde tengo que estar, donde siempre tuve que estar, inmerso en la Naturaleza, formando un único todo.

Apenas puedo ver. Mi vista se nubla por momentos y mis párpados se cierran. Pero estoy feliz, porque siento como los poros de mi piel se abren y dejan escapar, como una fuente, el dióxido de carbono que ya no necesito, a la vez que absorben el oxígeno del aire. Por fin. Ya soy como ellas...

Transmisión incompleta. Desconectando....

• • • • •

—Houston, aquí base orbital Landa Centauro. ¿Me reciben?— El sonido de la onda portadora inundó toda la estancia, pero no hubo respuesta.

—Houston, aquí Landa Centauro. Contesten, por favor— sólo hubo silencio.

—!Houston, por todos los diablos, digan algo!— El operador de comunicaciones de la base experimental en órbita Landa Centauro, la estación más moderna creada por el ser humano para fines coloniales, intentó de nuevo sin éxito comunicar con la Tierra. Dentro de su corazón sabía que nunca obtendría respuesta. Pero, aún así, lo intentó por cuarta o quinta vez. Nada. Solo el silencio.

—Es inútil—. dijo alguien muy cerca de él —Ahora estamos completamente solos.

—Podemos intentar...

—¡No!— interrumpió secamente. —Es el fin. Sabíamos que iba a ocurrir tarde o temprano y así ha sido—. Se giró lentamente hacia el gran ventanal que ocupaba parte de la sala, hacia el espacio infinito, y contempló apesadumbrado el aspecto que ofrecía la gran bola de forma geoide alrededor de la cual orbitaban, que había sido de un hermoso e intenso color azul y donde ahora predominaba una amplia gama de tonos verdes.

—Jamás sospeché...— dijo tristemente —...que iba a ser testigo del fin de la raza humana, tal y como la hemos conocido durante cientos de miles de años.

—Señor— dijo alguien sin apartar la vista del planeta conocido hasta entonces como Planeta Tierra —¿qué pudo haber pasado para llegar a este punto? ¿En qué fracasamos?—. El hombre, sorprendido, miró al joven que se había situado cerca de él y le observó atentamente. Parecía estar buscando la respuesta adecuada a su pregunta y durante unos segundos dudó si debía responderle o no. Al final volvió a mirar hacia el espacio infinito. Los presentes, elegidos entre los mejores científicos, ingenieros, médicos y cosmonautas del mundo, guardaban un silencio profundo.

—Durante los últimos doscientos años...— dijo por fin —... el hombre no ha hecho otra cosa que destruir el medio ambiente, deforestar extensas áreas de junglas, selvas y bosques, aniquilar ecosistemas enteros que eran la fuente de vida de innumerables seres vivos, contaminar la atmósfera con productos químicos, destruyendo irremediablemente la capa de ozono, arrasando, asolando y exterminando, sin ninguna consideración con nada ni con nadie, apoderándose de todo como si fuera su dueño, demostrando con esto su extremo egoísmo—. Hablaba escupiendo con rabia las palabras. Hizo una pausa y prosiguió.

—Hemos sido tan estúpidos como para cavarnos nuestras propias tumbas. Así somos los hombres, egocéntricos y materialistas. La Naturaleza es más sabia de lo que el hombre nunca podrá ser y esta vez ha decidido eliminarnos, porque no hemos sido capaces de vivir en armonía con ella, por no ser lo suficientemente inteligentes como para conservar lo que nos daba. Por eso nos ha tachado de su lista. Para siempre.

—Tal vez...— gritó una voz desde el fondo de la gigantesca estancia— Tal vez tengamos otra oportunidad—. se oyó un murmullo entre los presentes.

—Quien sabe...— dijo con un tímido tono de voz. —Pero no apuestes por ello—. Sacó unos guantes de seda de uno de los bolsillos de su uniforme y se los colocó lentamente, sin dejar de mirar al vasto y estrellado infinito, con la vista perdida, ocultando sus curtidas y arrugadas manos, sobre las que ya comenzaban a formarse unas minúsculas e inquietantes manchas de color verde.

FIN